

«No sé quién soy

ni qué alma tengo»

Memoria y olvido en «Los extraños» y «El arte de la fuga» de Vicente Valero

Vicente Duque

Una antigua fábula nos dice las palabras entre el rey y el dios. El divino Theuth, inventor de numerosas artes, de los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, afirma haber hallado el remedio para la perduración del conocimiento, un *pharmakon*: la escritura, capaz de dar cuenta de los sucesivos pasados y de reconstruirlos en el presente de quienes posean la habilidad para su desciframiento. Este elixir de la sabiduría que, según su creador, ha de hacer más sabios a los egipcios es, sin embargo, un arma de doble filo — advierte el precavido rey Thamus— porque el presunto remedio en realidad producirá el olvido en el alma de quienes lo aprendan, lectores que dejarán de ejercitar su memoria propia, esclavos que, al poner su confianza en lo escrito, serán traídos a una especie de rememoración desde afuera, mediante grafías que no son sino sombras que otros exponen

No es, según Thamus, la memoria de uno lo que se ejercita en la escritura, sino la memoria ajena, la fantasmagoría de otros que nos hace claudicar del propio recuerdo. La prosa de Vicente Valero se sitúa en la indagación de este enigma casi irresoluble —que el avisado lector habrá reconocido como uno de los mitos fundacionales, narrado por Platón en el *Fedro*

ante sus ojos, simulacros, en fin, que obnubilarán los propios recuerdos para arrastrarlos, inexorablemente, al olvido. No es, según Thamus, la memoria de uno lo que se ejercita en la escritura, sino la memoria ajena, la fantasmagoría de otros que nos hace claudicar del propio recuerdo. La prosa de Vicente Valero se sitúa en la indagación de este enigma casi irresoluble —que el avisado lector habrá reconocido como uno de los mitos fundacionales, narrado por Platón en el *Fedro*— porque tanto *Los extraños* como *El arte de la fuga* son ejercicios de reflexión y práctica de la reminiscencia y, a su modo, una suerte de investigación estética sobre la disyuntiva de saber si el *pharmakon* de la escritura es remedio para la memoria o veneno para el recuerdo.

El don de la escritura es antídoto de la memoria personal y paradójica forma de apropiación para un narrador que no ha podido ejercitarse en el conocimiento de lo que narra,

dada la distancia que lo separa de los en un tiempo muy reales seres que sus páginas evocan; algunos de ellos —san Juan de la Cruz, Friedrich Hölderlin, Fernando Pessoa— igualmente escritores y artífices de los distintos signos literarios con pretensión de verdad, otros —el teniente Marí Juan, el tío Alberto, el artista Cervera, el comandante Ramón Chico— probablemente menores, en tanto que apenas rememorados en el recuerdo de unos pocos, pero igualmente evanescentes en su entidad de simulacros, sombras de sombras en las que el narrador intuye, en su común calidad de ser que reescribe, su propia finitud y apagamiento.

Todos los extraños que concita la escritura de Vicente Valero son observados una y otra vez a través de los recuerdos ajenos; todos —seres de biografías ya concluidas— son recreaciones de memorias parciales, testimonios, documentos y fotografías —sí, también esas réplicas

aparentemente indemnes al paso del tiempo y, sin embargo, tan cambiantes en virtud del ojo que las observa— que tienden a conformar una figura, un carácter nunca resuelto. A vidas que han sido simultáneamente orden y caos, silencio y ruido, el narrador añade una identidad en fuga, una representación nómada sobre su propio ser:

De todo aquel mundo [...] del que yo solo poseo, en mi memoria imaginativa, algunas secuencias que me han sido transmitidas [...] sí que no quedaba más que una sombra, pero una sombra también que yo llevaba ya conmigo y que, desde entonces, ahora lo sé, ha continuado aún en mí con más fuerza y mayor misterio.

La escritura indaga sobre esa nueva identidad velada, describe la confección de un autorretrato cuyas líneas o pinceladas finales son las de todos los rostros de los que leen, de

los que, a su manera, repiten en cada rememoración desde afuera la frase de Fernando Pessoa con la vista ante el espejo: «No sé quién soy ni qué alma tengo».

En efecto, de la hibridación de diferentes sujetos, de la búsqueda de diferentes voces en permanente huida hacia un pasado para siempre irrecuperable, se obtiene una textura que oculta más que muestra y en la que el propio reconocimiento se convierte en la tarea más ardua, una labor al cabo estéril que no puede conducir sino al extrañamiento de uno mismo:

Mi pertenencia a aquel lugar era — prosigue el narrador— solo un

episodio pequeño de una historia familiar, construida más con ausencias que con presencias [...] y allí mismo [...] el más extraño de toda aquella historia era yo.

Prófugos de una isla que es Ibiza y que, en cierta suerte, es todos los lugares, los *emigrados* —porque también en ellos se advierten algunos de los rasgos de las apenadas criaturas de Sebalde—, espectros de una temporalidad porosa, emergen apenas unos instantes desde el pasado en el que han sido para incursionar fugazmente en el presente y retornar a su lugar, impulsados por el amor —ese espejo de los breves veranos— o la [↩]

Vicente Valero

El arte de la fuga

Parece que vivimos en una edad de plomo

El pordiosero insistía con una voz fatigada y frágil, escupía palabras ininteligibles, gesticulaba con sus manos sucias, y puede que hubiera, sí, en sus ojos o en sus labios, incluso a la pobre luz tremulante del candil, algún signo más o menos familiar, algo que tal vez podría haber recordado a alguien, aunque para el viejo y cansado criado de la casa no fuera suficiente aquel atisbo, sobre todo en aquellas horas altas de la noche, cuando ya estaban todos acostados, así que, cumpliendo con una más de sus obligaciones, seguramente la última de aquella larga jornada de junio, cerró la puerta al desconocido con un váyase de aquí, y aquel fantasma se fue a no sabemos dónde, hasta que, al cabo de unas horas, cuando se hizo el día, regresó del mismo modo, es decir, barbudo y maloliente. La casa del comerciante de tejidos Christian Landauer, a quien sin duda podía llamar todavía su amigo, se hallaba en el centro de la ciudad, entre la Königstrasse y la Gymnasiumstrasse, y en una de sus buhardillas había pasado el visitante, hacía no mucho tiempo, meses de estudio y de escritura, un periodo fértil en sueños y en hexámetros. Conocía bien aquella casa de cinco plantas, una de las más ricas y admiradas de Stuttgart, con sus salones luminosos y su jardín de rosales rojos y gencianas, y conocía a todos sus moradores, también al criado que le había cerrado la puerta y que ahora, recién salido el sol, iba de nuevo a abrirla, sólo que en esta ocasión el viejo pudo distinguir claramente en el farfullar del desconocido el nombre del amo, varias veces repetido y con lágrimas en los ojos, al tiempo que, con la temprana claridad, pudo apreciar mejor aquella cabeza desordenada hasta llegar a reconocerla. Sin duda era Friedrich, sólo podía ser él, aquel solitario cantor de Nürtingen amigo de la casa, pero ahora envuelto en trapos desgarrados y polvorientos, ahora el hablante de un [↩]

[☞] muerte. Hay, pues, un proceso de la memoria nunca concluido para que el narrador reclame como suyos los rasgos difuminados de otros muchos y erija un escenario en el que los personajes secundarios adquieren, de forma sorprendente, un relieve, una corporeidad que remarca el carácter primario siempre ausente, eternamente en fuga o en una suerte de agonia también eternamente postergada. Es necesario atesorar los recuerdos de otros, los fantasmas heredados, las imágenes que no nos pertenecen pero de las que a veces se tiene la impresión de que sí han permanecido desde siempre en nuestra memoria.

El narrador comienza su recuento por los extraños familiares, aquellos de los que los más próximos guardan el recuerdo. El primero será el teniente Marí Juan, el abuelo que nunca pudo ser así llamado, para siempre muerto y para siempre joven a los veintiocho años de edad, ingeniero destinado a Cabo Juby, un lugar inhóspito en un desierto interminable y monocorde del color de la piedra muerta, el lugar en ninguna parte azotado por un viento que es como el olvido y donde su sombra se cruzó con la de Antoine de Saint-Exupéry, otro



◉ Vicente Valero / Foto: © Paloma Tur / labuenavidaweb.wordpress.com

prófugo por laberintos de arena por los que no pasean ni las almas de los extraviados. El tío Alberto, ajedrecista profesional, maestro internacional con el corazón lleno de derrotas in-

visibles, es uno de los personajes que el narrador sí afirma haber llegado a conocer en su retorno a la isla, pero, paradójicamente, parece haberse tornado más extraño que los otros en el

instante de su muerte, pedaleando en un velomar de alquiler. La vida del tío Alberto se entrecruza en el recuerdo con la del maestro Miguel Najdorf, judío polaco, único superviviente del exterminio de su familia en el gueto de Varsovia, hombre de diversas identidades —todas llenas de ausencias— y que, como su mismo discípulo, juega con desvelo con el inútil propósito de acallar sus sombras. Carlos Cervera, el extraño perpetuo, porque nadie en su familia pudo comprender su vocación artística, es el tío abuelo apenas entrevisto en el recuerdo infantil de quien escribe, artista del espectáculo, bailarín, que para tener derecho a la cuota de felicidad a la que todos creemos poder aspirar, se aleja del mundo en el que había crecido y en el que, desde muy temprano, «le habían hecho comprender que no había lugar para un extraño como él». Sus mensajes y postales coloreadas desde Buenos Aires, Tokio, Nueva York, Viena, Atenas, México dan fe de un constante vagar en aras bien del éxito profesional o bien del hallazgo definitivo de un lugar para sí que siempre le fue esquivo. Del comandante Ramón Chico, piloto del Ejército español, militar africanista, soldado leal en las horas oscuras

Vicente Valero

[☞] idioma estropeado, ahora el aventurero desvalido. Lo hizo entonces pasar y sentarse en un sillón de la antesala, y fue a llamar a su señor, que desde donde estuviera corrió hacia el poeta demacrado y débil, lo abrazó y lo besó sin preguntas, y luego ordenó a los criados que prepararan la bañera.

Hubo, pues, para empezar, un baño melancólico de agua tibia y jabones perfumados, pero antes tuvieron que desvestirse con delicadeza, lentamente, a aquel caminador exhausto cuyo cuerpo lleno de desgarraduras daba tanta pena, había en él jirones de ropa sucia incrustados en las heridas, casi ocho semanas de sudor, polvo, sangre, pus, había agujas de espino clavadas en la carne ennegrecida, picaduras de abejas, cardenales. Los criados lavaron aquella desnudez tan castigada, primero con paños almidonados y agua de rosas, la sumergieron después en la bañera, donde el agua no tardó en volverse oscura, y todo lo contemplaba en silencio el comerciante, mientras buscaba con sus ojos perplejos en aquel sebastián recién llegado al amigo querido, al flautista de muchas tardes felices, al entusiasta cantor de ríos y repúblicas. Los criados cambiaron el agua apesada hasta tres veces y frotaron la carne una y otra vez con cepillos y esponjas italianas, lavaron la cabeza, cuyos largos cabellos endurecidos se habían transformado en tentáculos mitológicos, cortaron las uñas de los pies y de las manos, afeitaron la barba pegajosa, y observaban con incredulidad aquellos pies deformes y callosos. De vez en cuando, Friedrich sonreía o parecía haberse quedado dormido o hablaba para sí en alguna lengua muerta, mientras el agua suavizaba sus miembros, hidrataba sus músculos doloridos. Sus ojos miraban sin ver lo que miraban, hundidos en aquellas cuencas oscuras y profundas, reflejaban la huella reseca del camino, la fatiga de la fuga. Los criados, antes de echar al fuego aquel montón de trapos, vaciaron los bolsillos y sólo encontraron en ellos, arrugados, los papeles del visado y las odas de Píndaro, también una vieja

El arte de la fuga [fragmento]

pistola que no estaba cargada. Lo envolvieron después con toallas y lo acompañaron a la buhardilla donde ya había estado otras veces, aunque no la reconoció, juraba no haber dormido nunca allí, mucho menos aún haber escrito himnos y elegías, le dieron de comer carne de cerdo con vino tibio y pan de primavera, lo acostaron en aquella misma cama de siempre, desnudo, con las mejores sábanas, y allí durmió dos días y dos noches como un perro escapado.

Como raíces oscuras, los presentimientos habían empezado a remover la tierra en paz de su memoria y de su corazón una tarde de abril, ya pasada la Pascua, allá en Burdeos, durante uno de sus solitarios paseos por el estuario, cuando cruzaba, como solía hacer todos los días, el viejo puente de Aquitania, contemplando la mansedumbre del Garona, sus aguas rojizas y espesas. Creyó ver entonces, en aquella corriente fría, el rostro de Susette, pero no como otras veces lo había visto en sus pensamientos o soñado con él, porque ahora era un rostro de ojos asustados y labios empalidecidos, de expresión severa, dolorosa. Aquella nueva imagen suplicante le impidió dormir aquella noche y las siguientes, volvió a verla en el río alguna tarde más, idéntica a la primera, fue desplazando todas las imágenes felices que permanecían de ella en sus recuerdos, hasta hacerse única y punzante. Todos empezaron a ver entonces en aquel sonriente preceptor de Nürtingen, que había llegado sólo unos pocos meses antes a la casa y había sido acogido con afecto, gestos sombríos, miradas húmedas y perdidas, y su silencio no era ya el de un hombre solitario, el de un poeta, sino el de un extraño en un país más extraño todavía. Dio a conocer su tristeza tanto como su ira, su ensimismamiento, su dolor. Aquellas raíces oscuras invadían su alma, penetraban en cada uno de sus pensamientos, se extendían retorciéndose por todos los órganos de su cuerpo, presionaban hasta alterar y desquiciar nervios y sentidos. Empezó a pasar las horas vespertinas asomado en aquel viejo puente, contemplando el

del «duelo a vida o muerte», republicano en el exilio, librepensador, teósofo y naturista, solo perdura, en cambio, el recuerdo vicario, aunque intenso como el de una sagrada llama familiar. El hueco de la memoria personal ha de ser completado con las palabras del padre, las medias verdades, las frases veladas, las viejas cartas casi ilegibles, todo ello imbuido de «una pena tan sincera como instalada en una profunda lejanía». Del comandante Chico, un personaje bondadoso e ingenuo que había identificado la derrota de la República con la derrota del amor, el narrador —peregrino al fin de los fantasmas de los recuerdos ajenos— recupera una pobre tumba en tierra francesa, un trozo de tierra bien pequeño del que pasa a ser propietario, un emplazamiento desde el cual los restos de hombre que ya no está parecen convocarnos a su pasado emergente, a su tiempo que —como afirma Valero en sus palabras finales, sin un atisbo de duda— es también el nuestro.

De ese modo regresan los muertos, tanto los de las vidas vulgares como los de las vidas extraordinarias,



Vicente Valero
Los extraños | El arte de la fuga
Periférica, 2014 | 2015
176 | 104 pp., 16,75 | 14,75 €

igualados todos en el misterio de sus variantes ignoradas, tan sombrías como luminosas. Tres momentos en las vidas de san Juan de la Cruz, Friedrich Hölderlin y Fernando Pessoa, regidos por el signo común del desasimiento y la huida de las cosas, sirven para ilustrar una suerte de recorrido inverso al efectuado en la lectura del fresco narrativo que es *Los extraños*: frente al trayecto reconstructivo de un relato

biográfico a partir de indicios en el recuerdo de otros, *El arte de la fuga* se recrea en la fragmentación en pequeños instantes de la existencia, la pérdida del lenguaje significativo y la búsqueda del silencio y el definitivo olvido bajo las especies de la muerte y la locura. De una escritura al servicio de lo inolvidable a una escritura al servicio del olvido: a san Juan de la Cruz en el convento de Úbeda no le es extraño el morir, porque sabe que todo en su vida no ha sido sino una celebración

anticipada de ese momento, el de la celebración de la «serena claridad» a la que apuntaban sus palabras como semillas de luz en una noche oscura; al pordiosero Friedrich Hölderlin, caminante desde Burdeos a Stuttgart en un viaje por el corazón de Europa que ha de conducirlo también a los terrenos limítrofes de la razón y la sinrazón, no le serán extraños la palabra enferma y el silencio, una vez que ha oído y repetido las palabras de fuego de los himnos sagrados; a Fernando Pessoa le llegará a ser muy familiar su propia destrucción, su disolución como sombra entre otras sombras, simulacro él mismo tras la aparición

—en la noche del 8 de marzo de 1914, en una habitación del tercer piso del número 24 de la calle Passos Manuel, en Lisboa— de un ente, Alberto Caeiro, que ha de ser jirón de su alma, el primero entre muchos que vienen a desposeerle como sucesivas emanaciones de sílabas encantadas.

Como quiere el Sócrates del *Fedro*, nada cierto y permanente puede derivarse de las palabras escritas, esas que solo son capaces de responder con el silencio cuando les hacemos preguntas como si estuvieran vivas; el *pharmakon* es un engaño que a la larga nos priva del pensamiento. Pero, por un instante, las palabras escritas revelan ser capaces de algo más, siquiera de hacernos compartir esa ilusión que es la memoria de los otros, dotan a ciertas cosas que en las letras son evocadas de la capacidad de un inesperado regreso. Remedios y engaño, pues: con la escritura recordamos a los muchos ausentes que surten desde el pasado al tiempo que en nuestro presente devenimos extraños de nosotros mismos. La invención de Theuth —un bálsamo que no sana, pero atenúa el dolor— nos ofrece la posibilidad de ser muchos y de seguir estando solos. ■

Vicente Valero

transcurrir silencioso del río en su camino hacia el mar ya cercano —un transcurrir que en su visión había devenido oracular, enigmático, profético tal vez—, esperando una nueva imagen de la amada que desmintiera la anterior más dolorosa. Escribió largas cartas a los amigos, al hermano, a la madre y, por supuesto, a Susette, pero ni siquiera tuvo la paciencia de esperar una respuesta, así que decidió por fin abandonar aquella casa ajena, aquel país equivocado. Salió de Burdeos a finales de mayo, sin equipaje, dispuesto a recorrer de nuevo los caminos de Francia hasta llegar a Stuttgart, dijo adiós al cónsul que lo había contratado, a su amable y fecunda esposa, y besó por última vez a los ocho niños perplejos a quienes apenas había conseguido enseñar un puñado de salmos y canciones.

Mientras Friedrich dormía profundamente en su buhardilla de Stuttgart, el comerciante Christian Landauer, que no conocía aún las razones de aquel retorno imprevisto y desarreglado, pues no había logrado que el poeta, incapaz de pensar y articular palabras coherentes, se explicara de algún modo mientras los criados lo bañaban y le daban de comer, se puso a escribir cartas a los amigos comunes de la ciudad, a Jakob Ströhlin el primero, ya que fue por mediación de este filólogo y profesor como aquel había conseguido su trabajo de preceptor en Burdeos, también a Nauffer, antiguo compañero de estudios y el mayor confidente de Friedrich, incluso al viejo impresor Steinkopf, en cuyo taller oscuro tal vez aguardaran todavía proyectos interrumpidos, papeles olvidados, explicándoles a cada uno de ellos y con las mismas palabras el estado en que había llegado el amigo hasta la puerta de su casa e invitándolos a resolver juntos aquel misterio preocupante. Un criado llevó las cartas con urgencia al mediodía y por la tarde los tres acudieron presurosos a la cita de Landauer, aunque la reunión no sirvió para esclarecer las dudas, pues ninguno de ellos conocía la intención del poeta de regresar de Francia tan precipitadamente, aunque Nauffer

El arte de la fuga [fragmento]

dijo entonces haber recibido una extraña carta suya desde Burdeos preguntándole con desbordante inquietud por la salud de Susette. El poeta no se despertaba —ni se despertaría aquel día— y los amigos continuaron esperando y hablando en el lujoso salón de Landauer, el mismo donde solamente un año antes habían empezado a disfrutar de su compañía, pues fue también en el mes de junio cuando Friedrich aceptó la invitación del comerciante y mecenas para residir en su casa, invitación que aprovecharía muy bien el poeta durante casi seis meses para escribir algunos de sus poemas más extensos y extraordinarios, mientras se recuperaba definitivamente, o al menos eso era lo que pensaba entonces, de su enamoramiento frustrado, y compartía con sus nuevos y viejos amigos veladas musicales, inocentes intrigas políticas, lecturas dramáticas, versos recientes, largos paseos de verano junto al Neckar. En aquel ambiente tan propicio la inspiración fluyó hasta conseguir devolverle la alegría y la esperanza, pero Friedrich deseó también al poco tiempo recuperar su independencia, no continuar siendo el invitado perpetuo, por lo que pidió ayuda para encontrar una nueva familia necesitada de preceptor, y así fue cómo surgió insospechadamente aquella aventura francesa.